

Un aurreku en el Caribe

Desde que llegaron a Cuba acompañando a Cristóbal Colón, los Vascos han tomado parte activa en la historia de la isla: religiosos, piratas, pelotaris, líderes independentistas o toreros han dejado huella.

Iñaki Mendizabal Elordi



La presencia vasca en las Antillas se remonta al primer viaje de Colón y tuvo tintes dramáticos. El genovés se topó primero con Haití (La Española) pero días más tarde recaló en Cuba. Junto con el famoso Cristóforo viajaban varios vascos, la mayoría embarcados en la Santa María, por lo que no es descabellado pensar que el mismísimo 28 de octubre de 1492 varios paisanos (denominados genéricamente vizcainos) pisaron la isla. Entre los tripulantes se encontraban el maestre Juan Txantxu y el carpintero Domingo, ambos de Lekeitio, así como el tonelero Domingo de Antxia, natural de Ispaster. Les acompañaban Martín de Urtubia, de Natxitua, que era un joven txo, los hermanos Pedro y Juan Arraes y los marinos Juan Martín de Azogue (Deba), Juan Ruíz de la Peña y Oier de Berastegui. Días más tarde, muchos de estos hombres regresaron a La Española y se quedaron voluntarios en el fuerte Navidad, bajo el mando de Diego de Arana, un cordobés de probable ascendencia vasca. Cuando Colón regresó al fuerte, un año después, no encontró a nadie vivo. El fraile sevillano Bartolomé de las Casas, cronista de aquellos hechos, relataba lo sucedido de la siguiente forma: "Juntáronse ciertos vizcainos contra los otros y así se dividieron por la tierra, donde los mataron por sus culpas y malas obras". No se sabe a ciencia cierta si los 39 ocupantes del fuerte Navidad murieron a manos de los indios (versión de los colonizadores) o luchando unos contra otros, pero en todo caso el desenlace fue fatal.

Aquellos desgraciados pioneros abrieron la senda que siguieron más adelante miles y miles de colonos, algunos de los cuales dejaron una profunda huella en la mayor de las islas de las Antillas, Cuba. Uno de los proyectos más curiosos de la primigenia colonización fue el diseñado por Luis de Arriaga. Arriaga propuso a Isabel la Católica viajar con 200 familias vascas que a su vez fundarían en Cuba cuatro villas distintas. La reina aprobó la idea en 1501, pero el viaje no se realizó nunca. En cambio, fueron llegando a Cuba mercaderes como Lope Fernández (Eibar), Juan de Hernani o Juan Otxoa, a los que les siguieron los Goytisolo, los Arrieta o los Zulueta. En la segunda expedición de Colón viajó también Francisco de Garay, que al parecer fue el primero en construir una casa de piedra en la isla. Garay acabó siendo gobernador de Jamaica.

La Iglesia no podía faltar a la cita colonial y para 1610 mandó al inquisidor Juan B. Guilisasti para que se encargara de verificar que los pecadores eran los nativos, no los cristianos que se lanzaron al Nuevo Mundo con ansias poco conciliadoras. Pero no todos los prelados que llegaron a Cuba apoyaban la brutal colonización. Francisco de Vitoria, por ejemplo, proclamó que los indígenas tenían uso de razón, orden social e incluso religión, apuntando que, además, eran soberanos de sus tierras. Vitoria escribió sin querer las bases del derecho internacional moderno

Durante aquellos años de colonización los vascos llegaron a ocupar cargos administrativos importantes tanto en Santiago de Cuba como en La Habana. Para muestra, dos botones: Fernando de Uranga, primer obispo vasco nombrado en Cuba (1550-57), y Pedro de Arana, responsable de fondos públicos que pasaron a ser privados en cuanto el funcionario tuvo acceso directo a los mismos.

Corsarios, traficantes y empresarios

Los vascos se lanzaron a la mar hacia el siglo XI, pero aprendieron pronto. A partir del siglo XIV los corsarios y piratas de Euskal Herria se adentraron en los mares de medio mundo y surcaron también el Caribe. En aquellas aguas se hicieron famosos, entre otros, Michel el Vasco, Ducase, Suhigaraychipi, José Domingo de Cortázar, Martín de Arostegui, Pedro de Garaicoechea o José Iturrieta, mientras que fueron menos conocidos sus perseguidores, militares regios de los que se habla poco, como Bernardino de Muxika, Tomás de Larraspuru, Fermín Salaberria, Sancho de Alquizar o los capitanes Mendieta e Ignacio Olabarria.

Los vascos tampoco se quedaron al margen del tráfico de esclavos. Lorenzo Ariztegui y Francisco de Agirre fundaron en el siglo XVIII la Compañía General de Negros y Miguel de Uriarte se jactaba de haber transportado hasta Cuba a más de 15.000. Gaspar de Unzueta tampoco fue muy sutil, y lo lincharon unos negros en el burdel de Casa Dolores (en Guanabacoa), hartos de sus desprecios y del maltrato constante al que sometía a las prostitutas afrocubanas. Durante la misma centuria, hombres como José Martín Félix de Arrate, José Beitia o los Arostegui se esforzaron en otros menesteres. Félix fue el primer historiador nacido en la misma Cuba y ejerció además como regidor del ayuntamiento de La Habana, mientras que Beitia recibió el primer título nobiliario de la isla tras instalar en territorio cubano infinidad de fábricas azucareras.

A finales del siglo XVIII el incipiente movimiento independentista también contó con el impulso de algunos apellidos vascos, tal es el caso de Joseph Basabe, uno de los fundadores de la Sociedad Patriótica de La Habana, o de Rafael Mendibe, maestro de José Martí (el apóstol para los cubanos). En la misma época, la imprenta llevada a la isla por Matías Alkeza imprimió el primer diario que se editó en la isla (El amigo de los cubanos, 1802), y el papel empezó a circular por los pueblos y las ciudades cubanas, un papel que sirvió para inmortalizar la prosa y la poesía de Gertrudis Gómez de Avellaneda y Arteaga (quien incluye en sus trabajos temas como el Árbol de Gernika o la Dama de Anbotu) y más adelante los escritos de Dulce María Loynaz, José Lezama Lima o el contemporáneo Leonardo Padura (en una entrevista reciente reconoció que sus abuelos eran de Bilbao).

Durante el siglo XIX nos encontramos, sobre todo, con emprendedores y promotores. Es el caso de José de Aretxabala y Aldama, que emigra a Cuba y se establece en Cárdenas, donde funda una destilería que con el tiempo se convirtió en una marca conocida y prestigiada en todo el mundo (Havana Club), y fue Lucio Garay Zabala (de Bakio) quien inventó un licor aromatizado con zumo de guayaba que hoy en día es uno de los productos estrella de Pinar del Río: Guayabita del Pinar. En cambio, al abogado y escritor Nicolás Azcárate le dio por organizar tertulias literarias, y en las mismas participaron por primera vez mujeres.

Un torero italo-vasco, pelotaris y futbolistas

A mediados del siglo XIX, Cuba recibía la visita de un ilustre italo-vasco llamado Luis Mazzantini Eguía. Natural de Elgoibar, el torero Mazzantini protagonizó uno de los escándalos más sonados de la época al acostarse con una actriz famosa que coincidió en la isla con él. Entre los toreros nacidos en Cuba habría que destacar al Volador Gaytán, aunque se sabe poco de él. Además, por aquellas fechas otros deportes empezaban a asomar con fuerza. Entre ellos hubo uno que causó furor: la pelota vasca. Consta que en 1881 ya había pelotaris de Euskal Herria jugando en terrenos de El Vedado (barrio de La Habana), y a principios del siglo XX se pasaron al frontón Palacio de los Gritos, cambiando la vieja xistera por la cesta-punta. Esta modalidad llegó a deslumbrar al propio Hemingway, que en una de sus crónicas relató con pasión el drama que vivió Tarzán Ibarlucea en plena cancha (al de Etxebarria le abrieron la cabeza con un pelotazo). Para entonces ya habían desaparecido de las calles de la capital las rondas de la guardia de honor de la Virgen de Begonia, una sección especial de la policía habanera vestida a la manera de los miqueletes vascos, y en las pinacotecas se colgaban cuadros de artistas ilustres como Víctor Patricio Landaluce o José Arburu

El siglo XX arrancó con las primeras carreras de coches (en las que, haciendo honor a su apellido, destacó Ernesto Carricaburu) y con la disputa de la primera liga de fútbol (1914), en la que curiosamente se impuso el Euskeria Sporting Club. Para regocijo de los aficionados cubanos, en la década de los 30 visitaron La Habana boxeadores de la talla de Uzkudun o Gaztañaga, mientras en la radio se podían escuchar las magistrales composiciones para piano del maestro Ernesto Lecuona, el más universal de los músicos cubanos. A partir de 1938 la isla comienza a acoger a los primeros exiliados vascos, y en 1945 el arzobispo de La Habana, Manuel Arteaga, es designado cardenal: se trata del primer prelado que accede a ese puesto en toda América Latina.

La etapa revolucionaria tampoco está exenta de protagonistas con apellidos euskaldunes. Rastrearlos resulta un ejercicio revelador. El segundo apellido del dictador Fulgencio Batista era Zaldívar; el líder estudiantil muerto en el asalto suicida de 1957 al Palacio Presidencial se llamaba Juan Antonio Echeverría; pocos años antes -y rizando el rizo- nos encontramos con Pedro Sarria, subteniente del ejército batistiano que salvó de una muerte segura a Fidel Castro; el dirigente cubano fue apresado tras el fallido asalto al cuartel Moncada (1953) y Sarria evitó que lo ajusticiaran. Tirando de heráldica nos topamos con que dos de los comandantes más famosos de la revuelta de los barbudos tenían apellidos vascos: Camilo Cienfuegos Gorriarán y el Ché Guevara. Uno de los antepasados del Ché fue vasco (de la fortaleza de los Guevara, en Barrundia, Araba) y recaló en Argentina el año 1535: era oficial de la armada de Pedro de Mendoza, quien a su vez fundó Buenos Aires. Tampoco podemos olvidar que el primer presidente que designaron los revolucionarios nada más llegar a La Habana fue el abogado Manuel Urrutia.

Es indudable que los vascos han jugado un papel importante en la historia de Cuba, pero la colaboración entre los dos pueblos sigue siendo fluida. Asociaciones como Euskadi-Cuba o Kubako Euskal Enpresarien Elkartea siguen manteniendo firme esta colaboración histórica, sin olvidar a las decenas de brigadistas que viajan a la isla cada año para participar en distintos proyectos sociales.